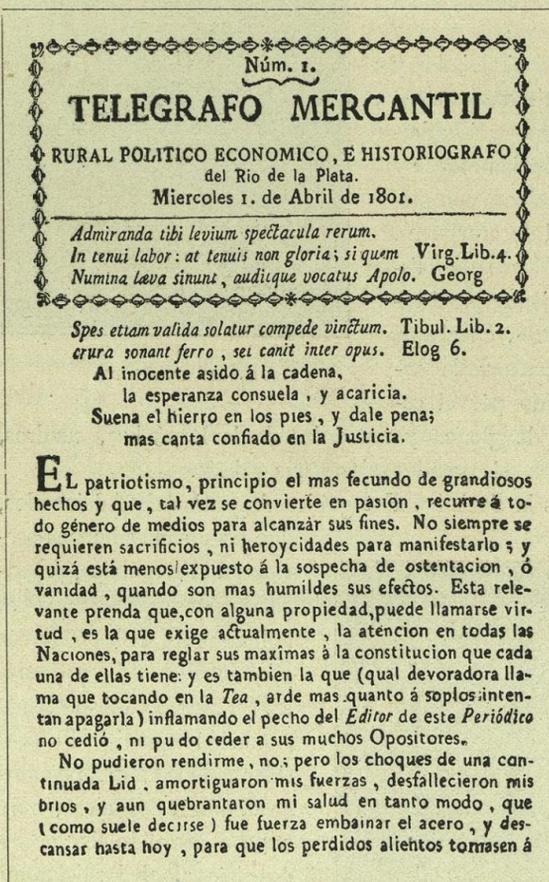


VII

LA PRENSA

Ya dijimos que el primer periódico de Buenos Aires apareció en 1801. Su título no pecaba de breve: llamábase *Telégrafo mercantil, rural, político-económico é historiografo del Río de la Plata*, siendo su director el español Cabello y Mesa. El tamaño mezquino de esta publicación bisemanal contrastaba con lo enorme de su título. No tuvo otro mérito que el de la iniciación, pues murió al poco tiempo, suprimido por orden del virrey. El verdadero periodismo argentino nació un año después con el *Semanario de Agricultura y Comercio*, redactado por Vieytes. En 1810, poco antes de la revolución, Belgrano fundó el *Correo de Comercio de Buenos Aires*, y Mariano Moreno la *Gaceta de Buenos Aires*.

Después de aquellos semanarios pequeños, de escasa lectura y defectuosa impresión, ¡qué salto tan considerable el de la prensa argentina hasta llegar á los diarios actuales de 24 ó 34 páginas enormes, con tanta impresión como un libro abultado!... En los primeros diarios el noticiario apenas si existía, limitándose al escaso movimiento del puerto de Buenos Aires. Sus menguadas columnas dedicábanlas por entero á la política, y sus redactores eran los mismos tribunos que, luego de escribir, arengaban en las calles á la muchedumbre. Durante el período de agitaciones que se desarrolló desde el grito de Independencia á los primeros tiempos de Rosas, nacieron, resonaron breves instantes y pericieron muchísimos periódicos, que respondían á exigencias de partido. Todo político era periodista. La sátira tomaba en



FACSIMIL DEL PRIMER PERIÓDICO QUE SE PUBLICÓ EN BUENOS AIRES (Mitad del tamaño natural).

estos diarios una crueldad implacable. Al entronizarse Rosas se eclipsó la prensa durante veinte años. No quedó en Buenos Aires otro periódico que la *Gaceta Mercantil*, órgano del tirano. Después de Caseros reapareció triunfante el periodismo, como si volviese de una proscripción gloriosa. Todos los hombres ilustres de la época fueron periodistas. Sarmiento y Vélez Sarsfield fundaron *El Nacional*; Mitre, *Los Debates*; Félix Frías, *El Orden*; el poeta Gutiérrez, *La Nación*

Argentina. Además, surgieron otros diarios no menos importantes, reflejando las peripecias de la lucha de Buenos Aires, divorciada de la Confederación.

Durante este período y en la presidencia de Mitre, se fué modificando la prensa hasta tomar la forma actual de los grandes diarios argentinos.

Inútil resulta describir los valiosos elementos materiales que se hallan á su servicio, pues bien conocidos son. Todos los diarios importantes de Buenos Aires poseen maquinaria de los últimos modelos, que imprime por hora muchos miles de ejemplares de numerosas páginas; extensos talleres de linotipias, en los que la composición del texto se hace con mecánica rapidez; instalaciones cómodas para todos los servicios, y una costosa comunicación cablegráfica con las demás naciones de América y de Europa. Pero dentro de la rica amplitud en que se desenvuelve el periodismo argentino, unos diarios sobrepasan á otros, en punto á magnificencias, para mejor servicio del público.

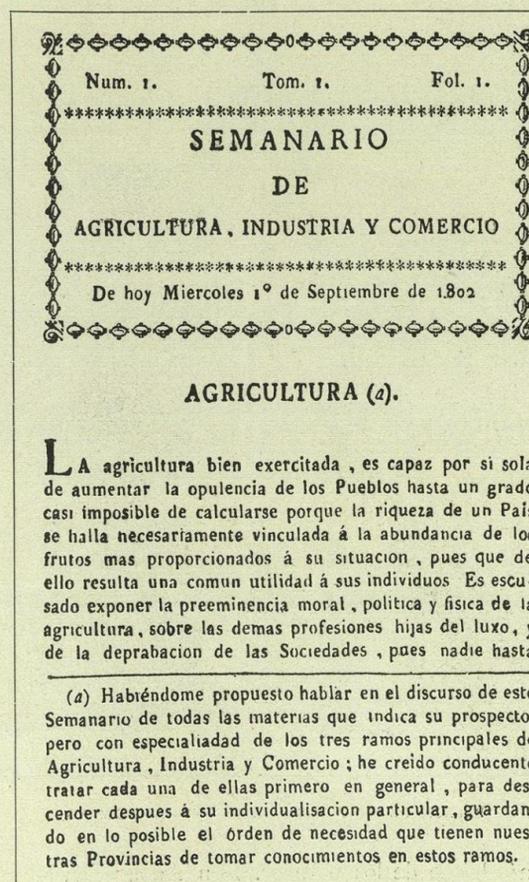
* * *

La Prensa es el más antiguo de los periódicos de Buenos Aires y el que ha llegado á mayores éxitos de tirada y popularidad.

Al cerrar la noche, brilla un faro eléctrico por encima de los tejados, semejante á una estrella que hubiese descendido sobre la gran urbe. Todos lo conocen: es el faro de *La Prensa*, sostenido por una figura que corona el remate del soberbio edificio. Algunos políticos, enemistados con este periódico, fundaron otras publicaciones con la esperanza de conseguir su muerte.

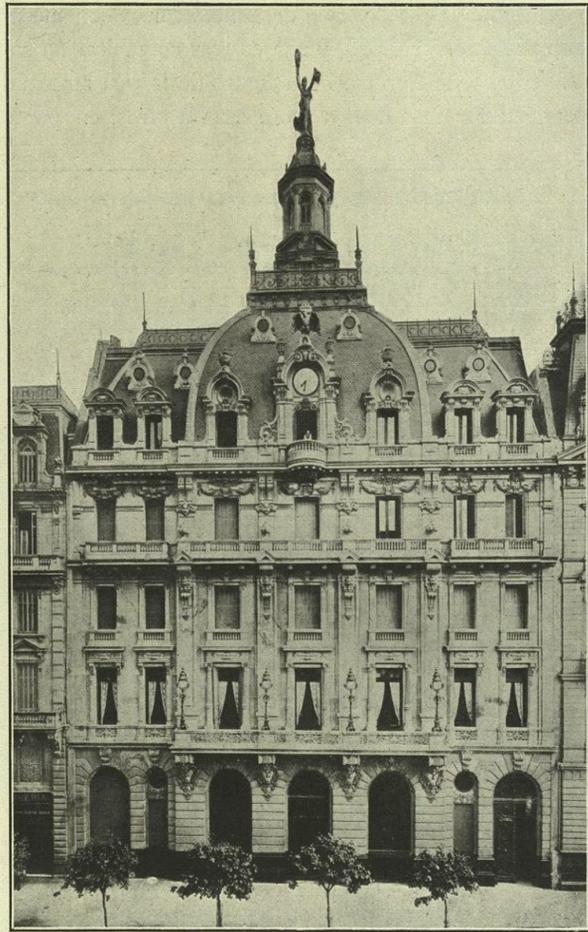
— ¡Yo apagaré esa luz! — decía un gobernante de grandes energías, mirando el faro de *La Prensa*.

Han pasado muchos años, y el faro sigue luciendo, como siempre. De día el sol hace brillar la figura dorada que lo sustenta. Este gran diario ha pasado por las alternativas dolorosas, los apuros y los conflictos de toda obra humana, antes de la hora del triunfo. Lo creó el Doctor José C. Paz, en Octubre de 1869, cuando Buenos Aires, la poderosa metrópoli que pronto contará con millón y medio de habitantes, sólo tenía 190.000 almas. Sus principios fueron modestos: cuatro páginas, no muy grandes, y escasos anuncios ó avisos. En el primer número sólo figuraban cinco anunciantes. Estaba lejos *La Prensa* todavía de los números de 24 y 34 páginas que publica actualmente, repletos de avisos, y que le proporcionan un ingreso mensual de cerca de un millón de francos.



FACSIMIL DEL SEGUNDO PERIÓDICO QUE SE PUBLICÓ EN BUENOS AIRES (Mitad de su tamaño natural).

Fué poco á poco *La Prensa* conquistando popularidad y ensanchando su tamaño y sus secciones. El modesto periódico de 1869 tiene hoy una circulación diaria que oscila entre 125.000 y 145.000 ejemplares. De éstos, 79.000 son para Buenos Aires y 46.000 para las provincias y el extranjero. Todos los meses, por introducción de papel, tinta, maquinaria y otros artículos, paga al Estado 60.000 pesos de derechos de aduana. El servicio telegráfico le cuesta más de 40.000 pesos; el correo y el transporte ferroviario de sus ejemplares 16.000,



PALACIO DE «LA PRENSA» EN LA AVENIDA DE MAYO

y los corresponsales, 70.000 pesos por año. Mensualmente inserta 55.000 avisos pequeños, de una ó varias líneas, y á esto hay que añadir el producto diario de 16 á 20 páginas de subastas, anuncios de establecimientos, gremios, profesiones, etc.

En sus primeros tiempos, *La Prensa* fué dirigida por su fundador el Doctor Paz, siendo sus compañeros de redacción Terry, Pellegrini y Don Delfín Gallo. Luego el Doctor Paz, en vista del enorme crecimiento del periódico, tuvo que dedicarse á su gerencia y le sucedieron en la dirección: Don Cosme Mariño, Don Estanislao S. Zevallos, Don Adolfo E. Dávila y Don Heliodoro Lobos. Actualmente lo dirige Don Ezequiel Paz, hijo del propietario, joven estudioso y de grandes iniciativas, que sostiene y agranda el prestigio de esta publicación, á la que llaman muchos «el coloso periodístico de la América del Sud».

La Prensa, que en sus tiempos pobres y heroicos estableció la redacción en una casita modesta, ocupa hoy en la Avenida de Mayo el más lujoso de los palacios. Don Adolfo Dávila, su redactor en jefe, alma del periódico, que ha seguido su evolución desde el principio, recuerda con dulce sonrisa, en su elegante despacho, las estrecheces y parquedades del lugar en que se confeccionaron los primeros números.

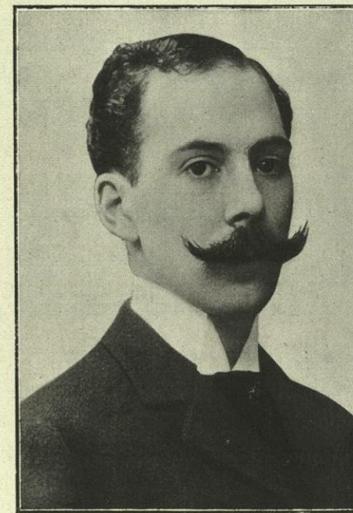
No se conoce en Europa una publicación tan soberbiamente instalada como este diario argentino. Tampoco en Nueva York existe periódico alguno que pueda comparar su casa con la de *La Prensa*. Algunas publicaciones norteamericanas lucen, por medio de la fotografía, palacios que parecen más grandes; pero en estos edificios sólo un piso ó dos se hallan dedicados á las instalaciones del periódico, y el resto está arrendado á particulares. *La Prensa* ocupa por entero su palacio, y todavía posee otro edificio, en el que funciona una fábrica de electricidad

para la producción de fuerza. Esta fábrica envía su corriente á *La Prensa* por medio de siete cables subterráneos.

El palacio, que da á la Avenida de Mayo y á la calle Rivadavia, con dos fachadas elegantes y suntuosas, consta de dos pisos subterráneos, cinco pisos sobre la calle y una alta bohardilla. El remate del edificio se halla á 56 metros sobre el nivel de la acera. En el doble sótano están las calderas de calefacción para toda la casa, los depósitos de papel, las enormes maquinarias y un pozo, con bombas, que elevan el agua á los depósitos del tejado, para caso de incendio. En el piso bajo están las oficinas administrativas, con un personal casi tan numeroso como

el de un ministerio, que atiende á la continua afluencia de público.

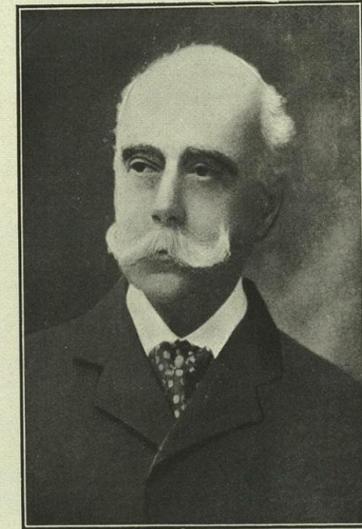
El palacio de *La Prensa* es un edificio popular, en el que entran diariamente miles de personas. Todo el que discurre una reclamación pública, necesita un informe ó desea un consejo útil, se dirige á él, con la seguridad de encontrar lo que desea. Pocos son los habitantes de Buenos Aires que no han ido alguna vez á esta vivienda principesca, de zócalos de mármol y lujosa servidumbre, entrando en ella como si fuese la casa de todos. Vulgarmente la llaman «la casa de la Ciudad». Los ascensores funcionan con incesante rapidez: los tubos neumáticos, los teléfonos, los timbres, las máquinas, infunden al



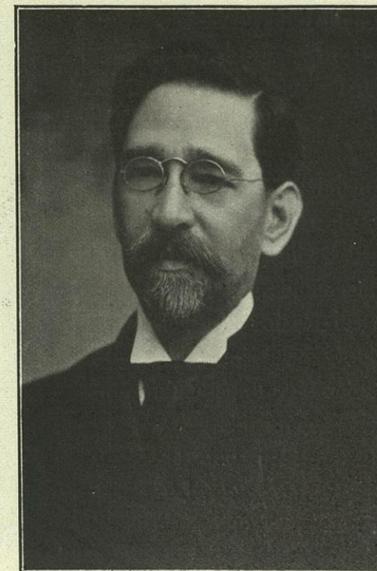
DON EZEQUIEL PAZ

inmenso edificio una vida de interminable vibración, cuyo centro se halla en las entrañas del suelo, en los sótanos, donde se recibe y transforma la energía eléctrica.

Varios servicios de importancia tiene establecidos estudianto, gratuitamente para el público. En el piso bajo se halla el «Consultorio Químico Industrial», con buenos directores y aparatos modernísimos. El agricultor y el comerciante encuentran en esta oficina acertadas indicaciones y un análisis científico de todos los productos que presentan. En el mismo piso funcionan el Consultorio Médico y el Consultorio Jurídico, con un personal idóneo, que cura al público de sus dolencias ó le aconseja en sus asuntos judiciales. Además, en los pisos superiores existe una biblioteca abierta hasta media noche, con diccionarios y revistas de todo el mundo; una sala



DON JOSÉ PAZ



DON ADOLFO DÁVILA



FACHADA DE «LA PRENSA» EN LA CALLE RIVADAVIA

de conferencias y una escuela de música, que suple la falta de un Conservatorio oficial.

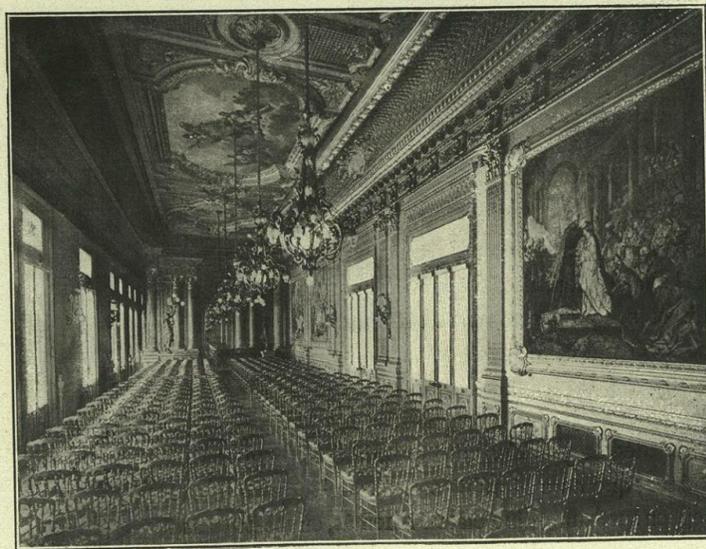
La Prensa tiene establecidos varios premios anuales á la abnegación, y estimula la cultura popular regalando 1.000 pesos á la persona que justifica haber enseñado á leer en idioma del país á mayor número de analfabetos, en el curso del año. En la parte alta de su palacio ha instalado un observatorio meteorológico para dar á los lectores información diaria y exacta del tiempo.

En los primeros pisos están las lujosas piezas que ocupa el doctor Paz cuando llega á Buenos Aires, pues habitualmente reside en París; los despachos del director, del redactor en jefe y los principales redactores; las oficinas del servicio telegráfico; las salas de reporters, divididas según la índole de sus servicios, y las de la redacción femenina. Dentro del palacio existió un *restaurant* para los redactores, salas de billar y de esgrima, baños, etcétera. Posee, además, *La Prensa* un espléndido salón de fiestas, decorado con hermosos tapices. Tiene amplio antesalón, escenario para representaciones

teatrales y conciertos, y numerosos camarines de artistas.

Dispone este diario de lujosas habitaciones, destinadas á albergar huéspedes distinguidos, escritores célebres, artistas y sabios que llegan á la Argentina en viaje de exploración ó de propaganda. Todo el piso tercero de *La Prensa* se halla dedicado á este hospedaje. Son habitaciones cómodas, de espléndida iluminación, calentadas con irradiadores á vapor, y en las que se ha procurado reunir todos los refinamientos modernos.

Una numerosa servidumbre atiende á los huéspedes y cuida de la cocina. En estos departamentos han vivido artistas ilustres, y hace pocos años alojaron al explorador Nordenskjöld y sus siete compañeros de expedición al polo Antártico, salvados por la corbeta argentina *Uruguay*. Los valerosos soldados de la ciencia debieron extrañar las dulzuras de



SALÓN DE FIESTAS DE «LA PRENSA»

tal instalación, luego de su campaña de privaciones en medio de los hielos.

La Prensa mantiene en París, en pleno bulevar, una sucursal, á la que acuden los sudamericanos para pedir informes y noticias. Este diario, el más leído de la República, goza del favor de las distintas clases sociales, pues lo mismo penetra en las casas más inaccesibles que circula entre las masas obreras. Su lenguaje es mesurado; trata con ecuanimidad todos los asuntos; pero también ha tenido sus épocas de lucha, en las que hizo frente á empeñadas persecuciones



SALA DE REPORTERS DE «LA PRENSA»

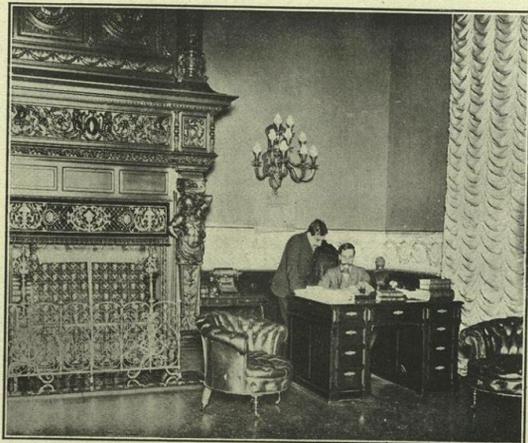
del Gobierno. En más de una ocasión su personal se vió obligado á ponerse á la defensiva para repelar un asalto de los enemigos políticos ó de las turbas azuzadas por ellos. El director actual, Don Ezequiel Paz, muy entendido en materias de electricidad, preparaba cables y corrientes para defenderse de los asaltantes, como en una novela de Verne. Otra vez, á la misma hora que se celebraba un concierto en el salón de fiestas, con asistencia de las damas más distinguidas de Buenos Aires, una manifestación popular se detuvo ante *La Prensa* en actitud revolucionaria, ovacionando á sus redactores. Pedían fusiles: deseaban sublevarse contra el Gobierno; ya habían chocado con la policía. Y el juicioso doctor Dávila tuvo que arengarlos desde un balcón, apelando á sus sentimientos caballerescos para que no asustasen á las damas.

El personal literario de *La Prensa* es muy numeroso. Jefes de sección dirigen y seleccionan el trabajo de los redactores y reporters á sus órdenes. El enorme desarrollo del periódico ha hecho necesaria una subdirección, que desempeña Don Manuel de Rezabal, distinguido periodista que sustituye á Don Ezequiel Paz en sus ausencias. Don Horacio Castro Videla es el secretario de la redacción, y de la crítica literaria se ocupa algunas veces el filólogo Calandrelli, autor de un importante Diccionario Etimológico.

Entre los colaboradores notables que mantiene este periódico en el extranjero, el más leído y apreciado es Francisco Grandmontagne, ilustre escritor que reside habitualmente en España y Francia, y desde hace algunos años envía sus artículos á *La Prensa* con laboriosa regularidad. El pú-



BIBLIOTECA DE «LA PRENSA»



CONSULTORIO JURÍDICO DE «LA PRENSA»

nombre que lleva y la obra que le ha sido confiada. El alma del periódico es su redactor más antiguo y ex director Don Adolfo Dávila. Este periodista, de intensa claridad de juicio y acertada visión, hace comprensibles con su pluma los debates más embrollados. Su especialidad es la lógica, el buen sentido que resplandece en todos sus escritos. Combatiente incansable, lleva treinta y cinco años de escribir todos los días un artículo sobre la política y el desarrollo material del país. Es grave en sus juicios, prudente y reflexivo como un hombre de gobierno. Muy pocos han estudiado como él los recursos y el verdadero carácter de la República. Por esto sus escritos periodísticos, labor de treinta y cinco años, que representa muchos volúmenes, no contienen errores de orientación ni desaciertos sensibles.

Transcurre el tiempo, y con él cambian las fortunas. Antiguos redactores que trabajaron a las órdenes de Dávila han sido ministros e influyen en el país. Camaradas del «Club del Progreso», presidido por el ilustre periodista, y amigos íntimos de su juventud, llegaron a embajadores o a presidentes de la República.

Y mientras tanto, Dávila sigue en su despacho, escribiendo el artículo de todos los días, con la fe inmovible del héroe que trabaja desinteresadamente, sin acordarse de la gloria. Para él las semanas sólo tienen veinticuatro horas.

— Nos veremos el domingo — dice como un estudiante laborioso —. Es mi único día libre.

* * *

El general Mitre no sólo ganó batallas siendo militar. Consiguió victorias como hombre de letras, y una de ellas, tal vez la de más trascendencia, es el éxito de *La Nación*. El título del gran diario irá unido siempre al nombre de Mitre, como si fuesen inseparables la existencia de aquél y el recuerdo de



CONSULTORIO MÉDICO DE «LA PRENSA»

blico admira su estilo robusto, su clara inteligencia, y sobre todo la originalidad de sus juicios y su manera independiente de apreciar las cosas. Muchos de estos artículos, dignos de la longevidad del volumen impreso, quedan lastimosamente perdidos en las columnas de un diario, como toda labor periodística, por valiosa que sea, después de un triunfo que sólo dura veinticuatro horas.

El propietario de *La Prensa* reside habitualmente en París, gozando de las consideraciones de su alta posición social. Su hijo Don Ezequiel Paz, espíritu moderno, pronto a estudiar y adoptar todos los progresos, sabe sostener el

éste. En torno de *La Nación* agrupáronse los numerosos partidarios de Don Bartolo, que así llamaban familiarmente al general sus entusiastas. Hoy sirve todavía de bandera histórica a los supervivientes del antiguo mitrismo.

La Nación ha sido un periódico de los llamados «de ideas», entendiéndose por esto que ha sostenido determinadas doctrinas políticas, defendiéndolas siempre con honrada tenacidad.

En Mitre, periodista, no hubo el menor intento de empresa editorial. Fundó un periódico porque lo necesitaba para la propaganda y difusión de sus ideas, sin preocuparse de halagar al público. Cuando éste pensaba una cosa y Mitre opinaba de distinto modo, *La Nación* rompía abiertamente con los prejuicios generales, arrojando la impopularidad. Su periodismo fué semejante al apostolado de los precusores, que un día cosechan aplausos y al siguiente censuras, propagando siempre las mismas verdades.

En cierta ocasión llovían en las oficinas del periódico las protestas y quejas del público. Á miles se borran los abonados de las listas de suscripción por no estar conformes con las ideas sustentadas por el diario. Y el ilustre Don Bartolo, firme en sus convicciones, hacía frente á la tormenta con una serenidad imperturbable, y decía á uno de sus amigos:

— Al final, *La Nación* no va á tirar más que tres ejemplares: uno para la casa, otro para usted y otro para mí. Seremos los únicos abonados, mas no por esto volveremos la espalda á la verdad.

Este periodismo de los tiempos heroicos va desapareciendo en casi todas las naciones. Hoy el diario, las más de las veces, influenciado por un espíritu mercantil, en vez de orientar y dirigir el espíritu público, aparece como su humilde servidor en toda clase de engaños y prejuicios.

La Nación, en algunas de sus campañas históricas, iniciadas sin miedo á la antipatía popular, acabó por conseguir el triunfo, convenciendo al público de sus errores.

Otro mérito ofrece el periódico fundado por Mitre. Es el más literario de todos los órganos de publicidad de la Argentina. Se concede en él un amplio espacio á la colaboración internacional, é ilustres autores de Francia, Italia, España y otras naciones escriben quincenalmente en sus columnas. Las cuestiones literarias, científicas y sociales que preocupan al mundo, tienen para *La Nación* tanta ó más importancia que la política interna de la República. El



REDACCIÓN DE «LA NACIÓN»